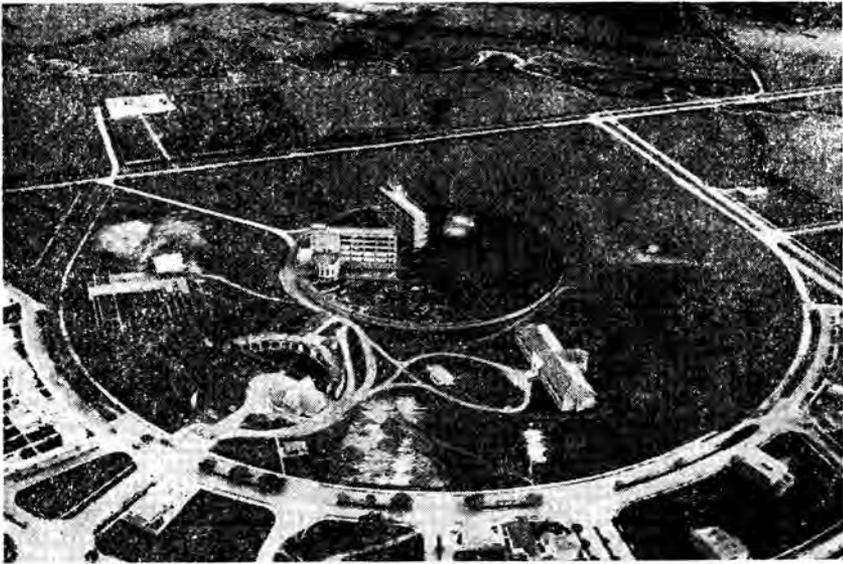


NOTAS



DE LA SAGRADA CONGREGACION DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES

Roma, 5 de abril de 1952

Ilustrísimo y Reverendísimo
Monseñor Félix Henao Botero
Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana

Nos ha llegado la bella fotografía aérea que permite abrazar en un golpe de vista la amplia zona en la cual está surgiendo la Ciudad de la Universidad Católica de Medellín.

Nos congratulamos vivamente con Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima por el grandioso proyecto y le auguramos de todo corazón el que pueda ver sus nobles esfuerzos coronados de feliz suceso, por el bien de tantas almas que esperan luz y salvación de este centro de estudios.

Con sentimientos de especial estimación y de cordial obsequio, me reafirmo de S. S. Ilustrísima y Reverendísima, devotísimo en el Señor:

J. Cardenal Pizzardo
C. Confalonieri, secretario.

JOSE MARIA BRAVO MARQUEZ

En un medio tan hosco como el nuestro, donde las cosas del espíritu y los empeños del arte gozan de tan reducido ambiente, dedicar una vida por entero al cultivo de supremos valores es una proeza impar y una faena sin ejemplo. Y José María Bravo Márquez fue eso y realizó a través de toda su vida una brega sin pausas por el predominio de los valores estéticos.

Compositor de raras cualidades, Bravo Márquez dejó magistrales páginas que honran excelentemente el escaso acopio de nuestra trayectoria musical. Sus obras no son propiamente el trasunto del propio folklore, sino que van más allá de lo vernáculo y toman un vigoroso aliento universal, que por sí solo bastaría para hacerlas perdurables. Su ancha y actualizada cultura musical le sirvió de mucho para sus empresas de compositor eminente, pero tampoco son ellas el fruto frío y metodizado de un científico. Son representación exacta de su alma de artista, pronta a captar —en vigoroso ascenso lírico— todas las inquietudes interiores y todos los sobrecogimientos del mundo conviviente.

Pero Bravo Másquez —y este es el título mejor para ilustrar su vida— fue antes que todo un auténtico apóstol de la música. En nuestro medio él se propuso —ante la indiferencia de todos— educar al pueblo en los grandes secretos de la música y a fe que lo logró exactamente. Sus masas corales fueron naciendo por todas partes: en las universidades, en los colegios, en las escuelas, en las fábricas, en los poblados y en las veredas. Era el mago que hacía florecer de canciones esta tierra de suyo tan prosaica. Su influjo en la formación de nuestras juventudes todavía no se ha medido suficientemente, pero nadie ignora que él fue entre nosotros un genuino conductor que no buscó la fácil popularidad aunque pudo lograrla sin esfuerzo y que sólo aspiró a cumplir sosegada y cordialmente una noble faena educadora en el campo de la música.

Ahora ha muerto el maestro. Sobre su tumba brotan las voces conmovidas de todos sus discípulos y hay toda una nueva generación de antioqueños que ya sabe cantar y sabe amar de veras la buena música. A él se le debe todo esto y nos es grato reconocerlo aquí. Para la Revista de la Universidad Pontificia Bolivariana y para la propia Universidad fue siempre leal y generoso amigo y por ello el luto de Antioquia por su muerte está también muy cerca de nosotros. Para él que siempre tuvo en Dios lo mejor de sus complacencias y al cual ensalzó coralmente de tan magnífica manera, elevamos al cielo una oración.

SANTO TOMAS DE AQUINO SERVIDOR DE LA VERDAD

Por Raimondo Spiazzi - Versión de Mons. Félix Henao Botero

No son pocos los que al oír hablar de Santo Tomás de Aquino piensan en uno de aquellos hombres que se miran lejanos: los cuales se admiran cuando hay un cierto conocimiento de su doctrina o de su historia, pero cuya figura aparece en un clima irreal, lejos de todo lo que se desarrolla a nuestra vista y de los actuales problemas del mundo.

Notas

Algunos, recordando ciertos cuadros de grandes artistas italianos, —desde Traini a Orcagna, desde Andrés de Bonaiuto a Juan de Fiesole, desde Gozzoli a Botticelli, a Signorelli, a Lippi, a Ghirlandao y a otros desconocidos— los cuales celebran la gloria de Santo Tomás, lo contemplan en su grande estatura, en su faz masculina y carnosa, en su frente serena, sentado en una cátedra rodeada por falanges de discípulos y de libros innumerables, en la actitud de dispensar el saber y los argumentos contándolos con los dedos, colocado al centro de un gran cuadro histórico en el cual entran por una parte Cristo y los apóstoles en actitud de dar a Tomás la luz de la revelación, y por otra parte le ofrecen el saber contenido en sus obras iluminadas. Al pie del gigante, en la cátedra, está quizás Averroes, derrotado, y sobre la amplia capa negra dominicana resplandece el sol. Otros, pasando de Santa Catalina de Siena y de la Capilla de los Españoles al Museo de San Marcos ven a Santo Tomás en la escena de la crucifixión, erecto, pensativo, reverente, vuelto hacia la Cruz con una mirada llena de devoción y al mismo tiempo deseosa de investigar, de entender, tal como lo ha descrito Fray Angélico.

Aquéllos que han estudiado la historia de la filosofía saben que a Santo Tomás pertenecen algunas páginas; y que, en él se realiza la expresión culminante del pensamiento medioeval, a través de la línea de aquella filosofía perenne en la cual se condensa la corriente amplia y poderosa del pensamiento humano más fiel a las leyes de la inteligencia y el continuo progreso.

Pero todo ello no es suficiente para dar a conocer verdaderamente a Santo Tomás, para hacerlo sentir cercano, humano, partícipe de nuestra vida y de nuestra fatiga durante los años de su existencia terrena, aún en su grandeza incomparable de pensador y de santo. Sin embargo basta estudiarlo en sus obras, superando las primeras dificultades de la literatura escolástica; basta recurrir a las fuentes más genuinas sobre las noticias de su vida, verbigracia la obra de Guillermo de Tocco, su primer biógrafo, para darse cuenta de su cálida humanidad, no destruída sino enriquecida por la ciencia del filósofo y la gracia del santo.

Santidad en la verdad

No hay duda: Santo Tomás ha sido una grande inteligencia, en la cual parece haber llegado al punto más alto de expresión la fuerza del talento humano. La línea de su vida es simple, casi uniforme, aun cuando no faltan en él lo extraordinario, lo movido y aún lo aventurero. Está constituída por estudio, enseñanza, polémica antiherética, composición de libros, carrera profesional. Vida de intelectual, dado al culto, a la defensa, a la difusión del saber. En veinticinco años de actividad científica Santo Tomás ha producido unas ciento veinticinco obras, casi todas luminosas y densas en el pensamiento, en las cuales se repasan, meditan y desarrollan las cosas verdaderas y vivas de la antigua edad, las ciencias sagradas y profanas en una síntesis nueva, genial y fecunda, que representa el más grande resultado conseguido hasta entonces por un hombre en el sincero esfuerzo de adherir y casi identificarse con la verdad: la más grande victoria de la verdad en el espíritu humano.

Nuestra generación, hija del inmanetismo, difícilmente entiende toda la grandeza de este hecho: la victoria de la verdad sobre el hombre —y por lo tanto la vida al servicio de la verdad— habituada como está a pensar y a obrar como si el hombre pudiese libremente, impunemente manipular y tiranizar la verdad. Demasiados han perdido el sentido del absoluto que es la garantía de

un sano realismo capaz de salvar de la aventura el pensamiento. Pero la verdadera grandeza del hombre está en el adecuarse a sí mismo a las exigencias de una verdad más alta que él y en el internarse en una objetividad que lo antecede y condiciona, viéndola en sí con fidelidad y sinceridad. En esto consiste la santidad en la verdad; aquélla que permitió a Santo Tomás el construir, a un tiempo, el edificio de su pensamiento y aquél de su vida.

Pocos pensadores supieron como él realizar la maravillosa unidad del pensamiento, de la vida y de la acción; y quizás ninguno ha llegado a aquella altura, la cual se podría llamar santidad de la inteligencia, que comprende claridad de visión, profundidad de doctrina, solidez de principios, coherencia de sistemas, precisión y seguridad de método, perspicuidad de lenguaje, al mismo tiempo que integrar pureza en el sentir, en el amar, en el juzgar y en el hacer sus escogencias en las cosas humanas y en las cosas divinas.

El buscador de Dios

Aún la tradición iconográfica, especialmente italiana, dando a Santo Tomás aquel rostro apacible, aquella mirada profunda y serena, aquel noble porte, ha fijado algo de la riqueza espiritual atestiguada por los primeros biógrafos cuando nos dicen que él "era humildísimo en el pensar de sí mismo, purísimo de cuerpo y de mente, devoto en la oración y previsor en el consejo, plácido en el conversar, expansivo en la caridad, claro en la inteligencia, agudo de ingenio, seguro en el juicio, tenaz en la memoria, elevado casi cotidianamente sobre los sentidos y desechando las cosas temporales: así que parecía un hombre en quien se conjugaban los hábitos de todas las virtudes".

Este conjunto de dones de naturaleza y de gracia, de dotes naturales y de virtud, estaba dominado por los valores de la contemplación y de la sabiduría, las cuales como sabio arquitecto todo lo hacía converger Santo Tomás, tanto en su persona como en sus cosas, en la armonía de una vida dominada por la caridad.

Niño de cinco años, confiado por sus padres al monasterio de Montecassino, preguntaba a los religiosos: Decidme qué es Dios? Esta pregunta, la más fundamental, la suprema, la única decisiva, imprimió impulso y movimiento a toda su vida. Para darnos él mismo, con su pensamiento y con su corazón, una respuesta integral, se dedicó al estudio, se ejercitó en la virtud, escogió la vida del claustro, vistiendo en Nápoles el hábito dominicano y abrazando con pasión el ideal contemplativo y apostólico de la nueva orden mendicante de Dios que todo lo dejaba para encontrar en la voluntaria pobreza un más incontaminado valor de verdad. Y cuando sus hermanos, con prejuicios de soldados, le arrebataron los religiosos para arrancarlo de la vida claustral y lo encerraron en el castillo del Monte San Giovanni sometiéndolo a una serie de dolorosas pruebas y de pérfidas tramas, conquistó aquella memorable victoria que dio para siempre a su vida el crisma del heroísmo, en el servicio del ideal y en el culto de la verdad.

Realmente el día en que fué introducida en su alcoba la cortesana que debía hacerlo caer con sus requerimientos, Santo Tomás surgiendo tomó un tizón encendido y arrojó vigorosamente a la tentadora, con lo cual dió una prueba decisiva para la vida del angélico joven y para la historia del pensamiento. Una fuerza misteriosa se adueñó de él, haciéndole invulnerable a los asaltos del demonio impuro.

Notas

Retornó al claustro, reemprendió los estudios, pasó por las más célebres universidades de su tiempo, levantó el templo de tres naves de la "Suma Teológica" —ápice de todas sus obras— en la cual finalmente pudo responder, cuanto era posible a la mente humana que camina en la penumbra de la tierra, a la gran pregunta: *Qué es Dios?*

Pero su sed se tornaba siempre más viva e inextinguible. Fuera de la ciencia, sentía la necesidad de acercar los labios a una fuente más rica, en la caridad ardiente que lo lanzaba a arrodillarse delante del Crucifijo para inmolarse él mismo por amor en el corazón del Hombre Dios, y a postrarse en largos diálogos eucarísticos con la eterna Caridad presente bajo las especies del sacramento, alimento sobrenatural de los hombres. Ahí su pensamiento llegaba a las alturas y a los abismos de la profundidad de Dios, y en el místico diálogo del alma con el Señor, el intelectual ardía en la caridad del santo. Y entendía siempre mejor la trascendencia de Dios y su propia pequeñez; su corazón anhelaba la paz.

Poco antes de su muerte Santo Tomás dejó caer la pluma y quedó inconclusa, como la sinfonía de Schubert, su obra: dijo a diferencia de tantos que llegando a cierta edad creen tener el monopolio de la verdad, que cuanto había escrito era "todo paja"... La última palabra de Santo Tomás era una palabra de humildad frente a la verdad: supremo esplendor y prueba decisiva de su grandeza.

La libertad en la verdad

En su itinerario hacia la luz el buen hermano Tomás, como lo llamó Dante, no perdió jamás su humanidad viva, rica, llena de alegría y de calor. De su misma persona emanaba la fascinación de una personalidad superior y en ella se aprisionaba la fuerza de un espíritu que se poseía a sí mismo en la luz y en la gallardía de un alma pura, llena de paz.

Alto, grande, robusto, las espaldas cuadradas, la mirada penetrante a través de sus ojos vivos pero calmados y serenos de niño sin malicia, una gran cabeza ligeramente calva, color rosado, delicado en la complejión, sensibilísimo al dolor, Tomás irradiaba en torno a sí un delicado sentido de inocencia unido a la fuerza conquistadora de una inteligencia superior, que lo hacía amable en la misma grandeza, gracioso en la austeridad, sencillo en la nobleza de la sangre, de la cultura y de la virtud.

Dicen los biógrafos que era un hombre "tratable". No vivía sobre las altas torres del pensamiento puro, circundado de muros insuperables. No hacía la profesión del hombre superior, del hombre célebre. Su palabra era dulce, fácil, garbosa, llena de dulzura, como su mirada. Trataba a sus hermanos y a los alumnos con abierta cordialidad y franqueza. Sabía sacrificar por ellos su tiempo y sus preferencias. No conocía hipocresías o dobleces. Rechazaba el mal. Aborrecía la falsedad. Insurgía contra el error y el pecado, pero, siendo magnánimo, no cedía a la tentación fácil de agrandar los errores y las culpas ajenas. Veía las cosas pequeñas en su pequeñez, sin hacer montañas. Libre y amplio en el dominio de la verdad, sabía vencer las tentaciones de las cosas contingentes y caducas, como poseyendo ya en sí mismo y en su obra el vigor de lo eterno. Ausente de ambiciones terrenas, desinteresado, piadoso, no había en él pequeñeces, derrotas o melancolías, ni creencia de ser incomprendido, porque Santo Tomás no buscaba sino que servía a la verdad. La verdad le daba verdadera alegría y verdadera libertad.

El ideal de una humanidad mejor

No es éste un magnífico ideal, un ideal concreto y vivo, por quien vive en la verdad y para la verdad?

A él deberían mirar cuántos desean rescatarse diariamente de la banalidad cotidiana y afirmarse según sus mayores o menores posibilidades, la augusta grandeza de la verdad.

Sobre todo los latinos deberíamos acercarnos a este conductor espiritual, que con Dante es la gloria más alta de la gente itálica y la fuente más rica de su cultura. Desgraciadamente el mundo de la cultura laica lo ha olvidado y despreciado por siglos. Ha preferido involucrarse en la escuela de los pensadores extranjeros, reconociéndolos y dejándoles a ellos el primado de la filosofía. Lo cual ha sido una grave pérdida para nuestra cultura y para nuestra vida.

Si queremos, hoy podremos encontrar de nuevo en Santo Tomás la claridad, la lógica, la solidez metafísica, el equilibrio, que son caracteres fundamentales del genio itálico. Como escribía Benedetto Croce, "cuando de los modernos existencialistas que se aferran a la nada y van mendicando personalidad e inmortalidad en sus animulas miedosas y lloronas, se pasa a la metafísica de Tomás de Aquino, se respira un aire bien elevado y puro". Parece ser bajo el cielo napolitano e italiano, como se contempla de Posilipo, distenderse del Vesubio al Vómero sobre Nápoles y su mar, en una fiesta de luces. Leyendo ciertas páginas de la Suma, se entiende que Santo Tomás ha podido estudiar y enseñar en muchas otras ciudades de Europa y conducir hombres de los más diversos países para recorrer con ellos los caminos espirituales de los siglos y de los milenios. Diríase que no podía nacer sino aquí y debería llevar siempre consigo el encanto de este cielo itálico, como un reflejo del cielo de Dios adonde se levantaba con la mente en la búsqueda y en la contemplación de la verdad...

Por qué los hijos de su misma tierra o raza —sobre todo los jóvenes— no se deciden a reestudiar su pensamiento y a desarrollarlo armónicamente marcando nuevas etapas en la línea de aquella filosofía perenne que es el seguro itinerario hacia la verdad? Serían artífices de una humanidad nueva por cuanto es más rica en aquellos valores de sabiduría por los cuales, solamente, vale la pena vivir, hombres y pueblos, y avanzar hacia el porvenir.

SANTUARIOS EUCARISTICOS ESPAÑOLES

Por José Sanz y Díaz

En Barcelona, la opulenta ciudad situada al costado del *Mare Nostrum*, "honra de España, terror y espanto de sus enemigos, regalo y delicia de sus moradores, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades", al decir de Cercantes, esperan los españoles con los brazos abiertos a los católicos del mundo entero, con una oración gigantesca para obtener de la Majestad de Dios, de Jesús Sacramentado, la paz de las almas y de los cuerpos, la fraternidad universal de que tan necesitado anda el mundo.

Notas

Con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional que se celebra allí en el esplendor de la primera mediterránea, vamos a evocar rápidamente, como cumple a nuestra misión de informadores, unos cuantos santuarios eucarísticos de España, tomados al azar de entre los muchos y famosos que hay en nuestra patria.

Empezamos por Aragón, a cuya corona perteneció en tiempos Cataluña. Hay en el partido judicial de Ateca un pueblo que se llama Aniñón y que cuenta entre sus quinientos edificios con uno que es acaso el más famoso santuario eucarístico de España: la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Castillo, rodeada de restos de almenas y de murallas antiquísimas. Bajo sus muros venerables se presta adoración al prodigio divino de unas Sagradas Formas que, a comienzos del siglo XIV, bañadas en sangre, se hallaron entre las cenizas del templo primitivo. Veamos como el probo historiador P. Burguera y Serrano nos narra el suceso milagroso en su "Compendio de la Enciclopedia de la Eucaristía" (Valencia, 1908), página 84: "Un incendio ocurrido en el año 1300 destruyó la iglesia parroquial de Santa María del Castillo, en Aniñón (Zaragoza), quedando el altar reducido a pavesas. La cajita, empero, que guardaba las Santas Hostias quedó completamente intacta en medio de las voraces llamas, notándose que estaban ensangrentadas las cinco sagradas formas pequeñas que en ella consagradas había, y una mayor, intacta. Pasados trescientos años, durante los cuales la memoria del prodigio conservábase por tradición, don Diego de Yepes, Arzobispo de Tarragona, deseó dar publicidad al milagro. Al efecto comisionó a varios eclesiásticos quienes, personándose en el lugar del suceso, encontraron las Santas Formas pegadas al corporal, en el mismo estado de antes". Desde entonces van a prestarles adoración a dicho santuario eucarístico desde todas las provincias de España y muchos países del extranjero; de manera especial, en el tercer domingo de septiembre. La mayor de las seis sagradas hostias fue regalada al Rey Don Juan II de Aragón, quien la depositó con grandes ceremonias en la catedral de Valencia, donde se adora actualmente.

En la murada ciudad de Daroca (Zaragoza) se halla otro de los más célebres santuarios eucarísticos de España, la iglesia colegial que guarda el maravilloso tesoro de los *Santos Corporales*, prodigio conocido y admirado en el mundo entero. Se veneran dentro de un relicario de oro que donó el Rey Don Fernando el católico, a cuyas expensas se construyó también una hermosa capilla para las mismas. El milagro eucarístico tuvo lugar en la primera mitad del siglo XIII. D. Berenguer de Etenza, valeroso tío de Jaime el conquistador, sitió con los tercios de las comunidades de Calatayud, Teruel y Daroca el fuerte Castillo de Chio, ocupado por los moros. Era el año 1239 y muy pocos los guerreros cristianos, que se vieron acometidos por un ejército enemigo de veinte mil mahometanos. Retiráronse los baturros a un cerro llamado *Puig del Còdol* para defender valerosamente sus vidas. En tanto, las huestes musulmanas rodearon la eminencia y Don Berenguer ordenó oír misa y comulgar con él a sus cinco capitanes antes de entrar en tal desigual batalla. Ofició el capellán castrense mosén Mateo Martínez, natural y párroco de Daroca; pero apenas había concluido la consagración, cuando los moros atacaron el cerro, dando alaridos feroces. El sacerdote consumió su Sagrada Forma y metió apresuradamente las cinco restantes dentro de los corporales, escondiéndolas entre unas rocas cubiertas de maleza. Vencieron los cristianos a pesar de su escaso número y al "retirarse los moros, escribe un autor, fueron a sacarlas para darles la comunión a los capitanes, y al desplegar los sagrados lienzos se encontraron las for-

mas bañadas en sangre y pegadas a los corporales. Admirados quedaron todos de aquel prodigio, desde cuyo tiempo se les presta una veneración muy grande”.

Pasando a Castilla encontraremos también varios y notables santuarios eucarísticos en la provincia de Toledo, sin referirnos a la celeberrima custodia de su catedral, famosa en el mundo por su riqueza y mérito artístico. En la villa de Yepes, pueblo del partido judicial de Ocaña, se venera en su iglesia parroquial el verdadero viril que custodia la preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Refiere su historia Fray Diego de Yepes, ya anteriormente citado, monje jerónimo que fué Prior del Monasterio de El Escorial y confesor de Felipe II. En Torrijos, cabeza de partido judicial, se alza la iglesia del Santísimo Sacramento, fundada de 1509 a 1518 por Doña Teresa Enriquez, Duquesa de Maqueda. Se llama este templo eucarístico Colegiata del Corpus Christi y a su santa fundadora se deben las más antiguas Cofradías españolas del Santísimo Sacramento, todas las cuales, por Bula del Papa Julio II, estaban subordinadas, incluso las de Portugal, al santuario de Torrijos. Es un bello edificio de estilo gótico y magnífico aspecto; todo de sillería, con tres naves y dos portadas platerescas. El arca que guarda la Sagrada Eucaristía es monumental, de ébano y bronce primorosamente labrados.

Otro templo eucarístico es la Iglesia del Corpus Christi en la ciudad de Segovia, fundada sobre una antigua sinagoga en 1410, para desagrar al Santísimo Sacramento de las injurias y blasfemias que contra El cometieron los judíos segovianos.

No debemos terminar estas notas sin referirnos al *Retablo de la Santa Forma* en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que es la octava maravilla del mundo artístico. Están contruidos el soberbio retablo y el altar con jaspes, mármoles y bronce dorado. Es tanta su belleza y profusión de detalles, pinturas, columnas, pedestales, esculturas, medallas, puertas, cornisas y toda clase de adornos, que su descripción no cabe intentarla en un artículo. Se pinta el envío de la Santa Forma imperando en Alemania Rodolfo II y recibéndola con veneración el Rey Felipe II, todo bajo águilas imperiales que sostienen con sus picos las cadenas del Toisón de Oro. El famoso cuadro de Claudio Coello representa sobre lienzo la procesión que se hizo, verdaderamente grandiosa, al tiempo de colocar allí la histórica Sagrada Forma, viéndose todos los altos personajes que tomaron parte en la ceremonia. El óleo célebre sirve de velo al Santísimo y sólo se quita cuando la Hostia Santa se expone a los fieles dos días al año, sobre un artístico templete de bronce dorado.

En la iglesia de San Ginés, de Madrid, se rinde en una capilla culto constante al Santísimo Sacramento con arreglo a las prerrogativas de San Juan de Letrán, lo mismo que en el Convento de monjas de San Pascual, Patrono de la Eucaristía. Ya en 1647 se construyó el oratorio del Santísimo Sacramento en la calle de Cañizares por Don Manuel de Aguiar, sede de la congregación de Esclavos de igual nombre.

EL MENSAJE DEL ARTE

Por A. González Velásquez

La obra de arte, sin duda alguna, constituye un mensaje:

Notas

Es un mensaje que el poeta, el pintor o el arquitecto trasladan de su época a las épocas venideras.

Y digo de su época, aunque alguien en días pasados me rectificaba al asegurarse que ese mensaje es personal e individualista y viene del alma de los demás.

Está bien, en cierto modo sí, pero en cierto modo no.

Porque el artista antes que todo, es hombre. Y como hombre ha vivido, sufrido y amado, ha sentido alegrías y penas, dolores, satisfacciones, anhelos y desesperanzas. En una palabra, ha vivido.

Y esta maravillosa aventura de vivir, ha moldeado su espíritu de acuerdo con las experiencias sufridas.

Además, en la estructuración de la personalidad han influido otros factores: Leyes de la herencia, que se van concretando generación por generación hasta hacer un hombre. Métodos de vida, costumbres populares, ideas de una época.

Y es todo esto lo que, de una manera que ya de por sí habla de arte admirable, en un momento dado brota en idea y se vuelve forma; bajo el impulso de un hombre, sí. Pero analizando desde sus antecedentes mediatos, vemos que ese hombre todo lo ha recogido en forma de sentimientos y que sólo estos son personales y tienen su sello individual.

Pero yo vuelvo a mi punto de partida, para asegurar de nuevo que toda obra de arte es un mensaje.

Y en la estatua griega, armoniosa, estilizada, en trance perenne de deshumación, leemos el mensaje de un pueblo concreción de otros pueblos, que a través de los siglos llegó en ese instante supremo, y último en su historia, a la realización definitiva.

En ese instante preciso de la obra clásica, terminó la búsqueda de muchos siglos. Ya los caracteres de la época, históricamente hablando, estaban definidos.

El hombre combinó esas características con su interpretación del bien, de la belleza, de Dios, de los valores humanos en una palabra; y al fin produjo el acorde y la armonía.

Y los produjo de una manera tan objetiva, que a través de 2500 años, hoy leemos ese mensaje de superación y de equilibrio que animó al Praxiteles o al Policeto en el minuto de la creación.

Y lo mismo puede decirse de la catedral gótica.

Bien escogidos estos dos ejemplos:

La edad dorada griega, triunfo y sublimación de la belleza paganamente concebida, que en un deseo voluntarioso de equilibrio espiritualizó la carne y desvirtuó el sexo y confundió el placer de la estética en la embriaguez de los sentidos.

Y la época ojival, belleza cristiana, mística y fe, valor y hombría, edad media pura y misteriosa, que también parece que se equilibró en el momento en que su poesía espiritual se hizo materia formal en las agujas de piedra.

"Parálisis del viento" las llamó el poeta.

Momento estático de una época, les digo yo.

En ellas se detuvieron mil años de cristianismo, a saborear un minuto las mieles triunfales.

Pues esa era su esencia; y objetiva también, porque diez siglos más

Notas

tarde aún palpita el misterio y el sabor a plegaria de la edad media, en los sombríos interiores de Notre Dame y en el deseo de cielo de las agujas de Colonia.

La época de oro griega y el siglo ojival, fueron los finales de un búsqueda. O por lo menos, así lo creyeron los hombres de entonces.

Y mi opinión personal me dice que este fue el desastre. Hasta este punto, todo estaba bien.

Pero mi emoción se aplasta cuando ya termina la lucha.

Porque el hombre es un buscador y su vida debe transcurrir buscando una meta. Y creer que se encontró y como consecuencia abandonarse, es el trememoto.

Afortunadamente para nosotros, vivimos una época de búsqueda.

De búsqueda en todo: en ciencia, en arte, en experiencias guerreras y filosóficas.

Cuando yo leo en esta historia actual la decadencia de los valores humanos, me apesadumbro.

Pero luego vuelvo al ardor y a la fe cuando me doy cuenta de que hay hombres selectos que buscan entre las ruinas.

La humanidad está salvada.

Y el mensaje de nuestra sobre arte, es este:

“El siglo veinte busca”.

“El siglo veinte, aunque todo parezca un caos, espera”.

En primer lugar, busca nuevas formas.

En segundo lugar, busca como en la época griega, la *deshumanización*.

Es un anhelo de espíritu, que se ve en las formas leves de los nuevos edificios, los influenciados verdaderamente por la nueva filosofía.

Anhelo que se ve en el despojo de formas materiales, en la pintura y la escultura.

En la manifestación de simplicidad formal en toda arte plástica y en música y en poesía.

Es casi el retorno al clasicismo. Pero no lo hemos encontrado.

Y quienes encuentren, quizás nuestros hijos, nuestros nietos, serán desgraciados, no por el hecho mismo del triunfo, sino por el fin de la lucha. Y el ciclo humano empezará de nuevo.

En una palabra, el arte moderno me da la sensación de la búsqueda.

Bello o no, es una disyuntiva que no acometo, por dos motivos:

Porque aunque yo tengo un concepto objetivo sobre el valor de la obra de arte, esto no puedo aplicarlo a algo que estoy viviendo.

Y porque la crítica tiene un cierto sentido histórico imposible de determinar por los contemporáneos.

Yo solamente creo que es un error de tamaño mundial hablar de estilo a estas alturas de la humanidad.

Puesto que la obra de arte es el mensaje de una época y en nuestra época nada hay definido, el arte de nuestros tiempos no puede tener estilo.

Precisamente, eso se encontraría al fin del camino.

Notas

Mientras tanto, creo que el deber del hombre moderno, no es criticar ni para bien, ni para mal, el arte de sus contemporáneos.

Es una búsqueda, hoy por hoy con caracteres de retorno a la línea pura, deshumanizada y armónica de carne y espíritu de las épocas clásicas.

Es talvez un reflejo, del deseo de paz y tranquilidad.

Y como al fin y al cabo es arte, nuestra posición debe ser de entrega a esa búsqueda, de participantes que somos de esta época incierta.

Pero en ningún momento debemos ser críticos, hasta que podamos entrever el fin de todo, fin que yo veo muy lejano, porque lejano está el encuentro de Dios, que por el orden natural de las cosas, es el único fin de los hombres y de las épocas.

EL SANTO SEPULCRO

Por Alfonso Francisco Ramírez

El lugar donde los sagrados despojos del divino Redactor esperaron, desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana, el triunfo de la Resurrección, ha sido siempre objeto de veneración para los cristianos. Al correr de los siglos, millares de peregrinos han depositado en este sitio, aún en las circunstancias más adversas, las ofrendas de su cariño y de su fervor. Mas los monumentos que han construído para resguardar estas reliquias, han sufrido las mismas vicisitudes que las demás iglesias de la Tierra Santa: incendios, saqueos, demoliciones.

Y cuando un clima de tolerancia ha permitido su reedificación, escasez de recursos, premuras de tiempo, ausencia de grandes artistas, ha impedido restaurarlos con la magnificencia debida. De ahí que algunas de las fundaciones diseminadas en Palestina estén lejos de ofrecer la hermosura esperada, y que otras, como la basílica del Santo Sepulcro, presenten la huella de la precipitación y de la fealdad; no obstante los afanes de renovadores insignes y los desvelos de los franciscanos, que han fincado en este suelo sus más selectas energías y sus más lípidos anhelos, en aras del esplendor cristiano.

A remediar estos males tiende el magnífico y genial proyecto de S. E. Mons. Gustavo Testa, Delegado Apostólico de Palestina, para la construcción de una nueva basílica del Santo Sepulcro, con la belleza y suntuosidad requeridas. En un lujoso libro editado por la Custodia de Tierra Santa, intitulado "Il Santo Sepolcro di Gerusalemme. - Splendori. - Miserie. - Sperance" (Istituto Italiano D'Arti Grafiche. Bergamo), el mencionado prelado consigna sus vastos propósitos. El volumen divide su texto en un amplio y elocuente prefacio del autor del proyecto; un estudio de la basílica, por el P. L. H. Vicent, de la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén; una descripción de la actual basílica, por el P. D. Baldi, de Studium Biblicum Franciscanum; y la explanación del proyecto a cargo de los arquitectos Luigi Marangoni y Antonio Barluzzi. Y finalmente, una serie de mapas, planos, fotografías de maquetas, etc. Todo, con una soberbia presentación tipográfica.

Escuchemos a Mons. Testa:

"El glorioso sepulcro de Nuestro Señor ha conocido luctuosos y trágicos sucesos: profanaciones paganas, esplendores constantinianos, destrucciones de los

persas, restauraciones bizantinas, incendios, reconstrucciones de Cruzados, nuevos incendios, terremotos, y, finalmente, los mezuquinos refuerzos que oscurecen hoy el aspecto, un día luminoso, de la misma.

“Si volviesen hoy los peregrinos del último siglo, los cuales salían de la basílica, tristes y desilusionados a causa de su estado miserable e indigno, desorientados por el dédalo obscuro de capillas sin importancia y la simultaneidad de las ceremonias de los distintos ritos, su tristeza sería todavía mayor. El venerando monumento, afectado por los recientes terremotos, se halla en un estado de inminente ruina. La férrea armazón, colocada en evitación del peligro, es quizás menos eficaz que los espesos muros levantados en el transcurso de los siglos en torno de la misma, imprimiéndole un desagradable aspecto de fortaleza.

“Grandes, costosas y discutidas obras de refuerzo se han venido haciendo, siempre con carácter provisional, con miras a conjurar el peligro. El lector diría: “Por qué no se piensa seriamente en el problema? Será posible que los cristianos de todo el mundo asistan indiferentes a la agonía de este monumento?”

“En mis largos años de permanencia en Palestina, me he propuesto siempre esta duda, digna de consideración: la basílica, aún consolidada en su estabilidad y restituida en todas sus líneas originales románicas, sacadas a luz las columnas constantinianas de entre los muros y pesadas pilastras de la Rotonda de la Anestasis, demolidas las capillas superpuestas, abiertos los cegados ventanales, liberada, en fin, de toda una serie de departamentos y objetos que notablemente la afean, podría, tal vez, ostentar una belleza comparable, no digo a las más famosas, pero sí a las comunes iglesias románicas de Europa? Y me pregunto una vez más: aún sustituyendo aquellas piedras gastadas por el tiempo, la restauración nos ofrecería algo vital? Quién podría hoy volver a reproducir en toda su atrayente belleza las decoraciones de los historiados capiteles? No habría un serio peligro de encontrarnos frente a una fría reproducción de un capítulo de la historia del arte, después de una costosísima obra?”

Y prosigue Monseñor:

“Salía yo un buen día de la basílica con el corazón angustiado, cuando de nuevo me hago la siguiente pregunta: si este sagrado monumento de tal manera circundado de extraños refuerzos, da la impresión de hallarse abocado a una muerte cercana, no sería cosa de pensar en la total construcción de un nuevo y grandioso templo que permitiera el culto de los diversos ritos separadamente, sin las mutuas molestias a que se ven sometidas en la actualidad?”

“Después de hablar con el eximio Custodio de Tierra Santa, el Rvmo. P. Franciscano A. Gori, con el célebre P. H. Vicent O. de la Escuela Bíblica de Jerusalén, quien juntamente con el P. F. Abel, ha asegurado para la historia todo cuanto hoy se conoce de la basílica, y con el meritísimo arquitecto romano A. Barluzzi, que ha dado muestras inequívocas de su poderoso ingenio y refinado gusto artístico en las bellísimas iglesias del Monte Tabor, Getsemaní y Monte de las Bienaventuranzas, pude observar que si era bello soñar una vez, no lo era menos entregarse con todas las propias fuerzas, con la propia alma, a la realización de un nuevo y grande monumento que correspondiera al afecto y a la generosidad del pueblo cristiano hacia el calvario y sepulcro de Cristo.

“El arquitecto Barluzzi ha querido asociar a su empresa a su amigo y arquitecto también, Luis Marangoni, célebre por los trabajos realizados en San Marcos de Venecia, a quien no sólo los venecianos se sienten agradecidos por el amor, el arte y capacidad que ha sabido poner en la consolidación del inaprecia-

Notas

ble tesoro artístico de la ciudad. Al documentado criterio de ambos, llegados a Jerusalén en los primeros meses de 1940 con el propósito de realizar estudios, me permití someter modestamente, pero con innegable osadía, el tema fijado en los cuatro puntos siguientes:

"1) — La construcción de una nueva basílica en relación con la basílica constantiniana, y con grandiosidad digna del santuario y de la piedad de los fieles de todo el mundo;

"2) — Construcción de tres iglesias para el culto de las tres comunidades, la latina y las dos disidentes, griega y armenia, con acceso cómodo al santuario central;

"3) — Eventual construcción de capillas para otras comunidades disidentes como la copta, abisinia, anglicana, siria;

"4) — Construcción de los respectivos conventos separados del santuario".

Durante largos y silenciosos años, los dos artistas referidos, en la serenidad creadora de su estudio, fueron dando a la idea de Monseñor Testa y hoy muestran al mundo el fruto de su trabajo; un proyecto de excelsa belleza, de imponente grandiosidad, de sorprendente estilo. El R. P. A. Brunot, resume de modo insuperable, diciendo:

"El santuario ocupará el centro de una vasta explanada, digna de rivalizar con la admirable plaza en que se levanta la Mezquita de Omar. El espacio reservado al sagrado recinto estará rodeado de conventos, hosterías y otras casas de albergue para los peregrinos.

"La basílica se levantará dentro de este inmenso solar alargándose en forma de cruz latina, que medirá 180 metros por 140. En los ángulos de los pies y del testero se erigirán sendas torres cuyas flechas de 90 metros recordarán los minaretes orientales y en especial los estupendos de Santa Sofía de Constantinopla. Se levantarán hacia el ciclo como cuádruple testimonio de los cuatro evangelistas, testigos de la fe y alegría pascuales.

"En el testero de la cruz estará la basílica de la Resurrección, espaciosa rotonda que encuadrará el edículo del Santo Sepulcro. Su atrevida cúpula, de forma cónica, tendrá aberturas semejantes a las del panteón romano. Este duomo estará circundado por una galería de 5 metros de ancho en comunicación con tres escaleras exteriores e independientes que permitirán a las tres principales confesiones seguir las ceremonias del Santo Sepulcro.

"El brazo derecho de la cruz pertenecerá a la iglesia griega cismática, y el izquierdo a la comunidad armenia.

"La cuarta sección o parte más alta de dicha cruz estará dividida en tres: la base será la extremidad de la iglesia latina, la parte central (entre la rotonda de la Resurrección, colocada en la extremidad, y el ábside de la basílica católica) quedará reservada al Sagrado Huerto. Este es un patio irregular, rodeado por galería doble, con arcos y rincones destinados a tornar atrayente este lugar sombreado de cipreses.

"Este jardín será espacioso: del lado de la iglesia latina se verá la cúpula subterránea de la capilla de Santa Helena, tal como la habían construido los cruzados en el siglo XII. El ángulo sudoeste, encerrará un templo cuadrado de cúpula cónica que cobijará la roca del Calvario.

"Finalmente, en el perímetro exterior de la rotonda del Santo Sepulcro, desembocarán cuatro capillas destinadas a los cultos sirio, copto, abisinio y anglicano.

"Así, pues, cada confesión podrá llegar libremente a los principales santos

lugares, y por otra parte, gozará de todas las facilidades para desplegar la pompa de su liturgia en su iglesia propia.

“Las tres iglesias más grandes tendrán plan uniforme: tres naves, con sendos resetones y doble galería de circunvalación. Se respetará todo lo que pueda conservarse. Así la puerta de Efraín, que Cristo atravesara para subir al Calvario, no sufrirá modificación”.

Tal es, en síntesis, el magnífico proyecto que Mons. Testa presenta a los hombres de buena voluntad del universo.

El estado actual de la basílica del Santo Sepulcro, es lastimoso. Los esplendores de otrora, dice el P. Brunet, se infiltran difícilmente por un entrecruzar de paredes carcomidas, de bóvedas rajadas, de escaleras inmundas, de rincones sucios y oscuros. Hace ya veinte años que contrafuertes de madera apuntalan esa mole decrepita. Es la apoteosis de la fealdad. Pero esto no es todo: pagados a los muros como otros tantos murciélagos, se ven capillas de todo rito y forma, tugurios y garitas. El estado del Santo Sepulcro inspira compasión. De estas piedras bamboleantes se escapa un grito de angustia: “Vosotros todos los que pasáis, deteneos y ved si hay dolor semejante a mi dolor”. Es menester sacudir la modorra secular del mundo cristiano y tratar con los debidos miramientos al Santo Sepulcro, testigo de la Resurrección de Cristo y de nuestra propia carne. Nuestra conciencia sería culpable, si no pagara a Jesús esa deuda de gratitud.

Nosotros estamos seguros que el pueblo latinoamericano que a través de centurias ha constelado el territorio continental de templos admirables, responderá al llamado de Mons. Testa con prontitud, cordialidad y largueza, cooperando a la erección de la nueva basílica del Santo Sepulcro, en forma digna de sus creencias y de sus tradiciones.